



SEGUNDO ENCUENTRO BINACIONAL DE PASTORAL FRONTERIZA COLOMBIA - ECUADOR

Tumaco, Nariño, octubre de 2026

COMUNICADO

Reunidos en Tumaco, representantes de las ocho jurisdicciones eclesíásticas que acompañan los territorios de frontera entre Colombia y Ecuador, junto con Caritas Ecuador y el Secretariado Nacional de Pastoral Social, Caritas Colombiana, hemos celebrado el Segundo Encuentro Binacional de Pastoral Fronteriza.

Nos hemos encontrado como Iglesias hermanas, llamadas a escuchar los clamores y las esperanzas de los pueblos que habitan estos territorios y a discernir, a la luz del Evangelio, los desafíos que hoy interpelan nuestra misión. La frontera es mucho más que una línea que separa dos Estados. Es un territorio de vida y de encuentro, tejido durante generaciones por pueblos indígenas, comunidades afrodescendientes y campesinas, familias, comunidades de fe y personas que se desplazan de un lado a otro buscando trabajo, protección, encuentro y futuro.

Nuestra presencia en estos territorios tampoco comienza hoy. Durante 34 años, las Iglesias particulares de Colombia y Ecuador han recorrido un camino de cercanía, cooperación y solidaridad frente a las violencias, las crisis humanitarias y las distintas formas de exclusión que afectan a las comunidades fronterizas. Este caminar compartido ha permitido acompañar a quienes sufren, defender la vida y los derechos humanos, acoger a personas migrantes y refugiadas, fortalecer comunidades y alzar la voz cuando la dignidad humana ha sido vulnerada. La consolidación de una instancia binacional permanente nos permite hoy renovar este compromiso y proyectarlo hacia el futuro.

Durante estos días hemos querido mirar juntos la realidad para discernir juntos nuestra respuesta pastoral. La lectura de los corredores Pacífico, Andino y Amazónico nos muestra una frontera atravesada por profundas contradicciones. Es un territorio de intercambio y riqueza humana, cultural y ambiental, pero también un espacio donde el narcotráfico, la minería ilegal, el contrabando, el tráfico de armas, la extorsión y la trata de personas se entrecruzan con disputas por corredores estratégicos y diversas formas de control territorial y social.

Nos duele especialmente constatar que la violencia adquiere formas cada vez menos visibles. La disminución de hechos violentos registrados no significa necesariamente que haya

disminuido el sufrimiento: el miedo, el confinamiento y el control social pueden ocultar una crisis que continúa afectando profundamente a las comunidades.

Como Iglesia, no podemos acostumbrarnos a estas realidades ni permitir que la violencia se vuelva parte normal de la vida cotidiana. Cada persona amenazada, desplazada, reclutada, explotada o forzada a abandonar su territorio posee una dignidad que no puede ser negociada. Por ello, queremos permanecer particularmente cerca de los pueblos indígenas y comunidades afrodescendientes, de las familias campesinas, de las personas migrantes y refugiadas, de las mujeres, y de las niñas, niños y adolescentes que experimentan de manera más intensa las consecuencias de estas violencias.

Escuchamos igualmente el clamor de la tierra unido al clamor de los pobres. La minería ilegal, los cultivos ilícitos, la deforestación, la contaminación de los ríos y fuentes de agua y los efectos de la variabilidad climática están poniendo en riesgo la salud, la alimentación y la permanencia de numerosas comunidades. En estos territorios comprendemos de manera especialmente concreta que cuidar la vida humana y cuidar la casa común son una misma responsabilidad.

Ante estas realidades, consideramos que la seguridad de la frontera no puede reducirse al control de los pasos fronterizos ni a respuestas exclusivamente militares. Reconocemos la responsabilidad de los Estados de proteger a la población, garantizar derechos, fortalecer la justicia y enfrentar las redes criminales y sus economías. Al mismo tiempo, sabemos que la paz es una tarea más amplia: requiere oportunidades dignas de vida, instituciones cercanas a las comunidades, protección humanitaria, cuidado ambiental, fortalecimiento del tejido comunitario y una cooperación efectiva entre Colombia y Ecuador.

Nuestra respuesta quiere brotar de la identidad misma de la Iglesia. Queremos ser una Iglesia que acoge, protege, escucha, acompaña y construye puentes; una Iglesia cercana a las comunidades y capaz de caminar con ellas en la búsqueda de caminos de justicia, reconciliación y paz. La presencia cotidiana de parroquias, comunidades, agentes pastorales y organizaciones eclesiales a ambos lados de la frontera constituye una riqueza que queremos poner cada vez más al servicio de la vida.

Por ello, este Segundo Encuentro nos compromete a fortalecer tres caminos comunes: leer y discernir permanentemente la realidad de la frontera y conservar la memoria de sus pueblos, fortalecer la acción pastoral y comunitaria para la protección de la vida, la construcción de paz y la reconciliación, la respuesta humanitaria y el cuidado de la casa común y consolidar la articulación e incidencia binacional, trabajando con las comunidades y dialogando con las instituciones públicas, las organizaciones sociales, la cooperación internacional y otros actores presentes en los territorios.

Hacemos también un llamado fraterno a las autoridades de Colombia y Ecuador, a las organizaciones sociales, a la cooperación internacional y a todos aquellos que tienen responsabilidades en estos territorios. Las dinámicas que atraviesan la frontera superan la capacidad de respuesta de un solo país. La protección de la vida exige cooperación, corresponsabilidad y decisiones que pongan en el centro a las personas y a las comunidades.

Al concluir este encuentro renovamos nuestro compromiso de caminar juntos. Queremos permanecer al lado de quienes sufren, pero también reconocer y fortalecer la enorme capacidad de los pueblos fronterizos para cuidar la vida, resistir a la violencia y construir esperanza.

La frontera no debe ser solamente el lugar donde terminan dos países. Para la Iglesia, es también un lugar de encuentro: allí donde los límites políticos separan, el Evangelio nos llama a reconocernos hermanos.

Que el Dios de la vida nos ayude a hacer de esta frontera un territorio de fraternidad, justicia y paz.